

# 1793

## NIKLAS NATT OCH DAG



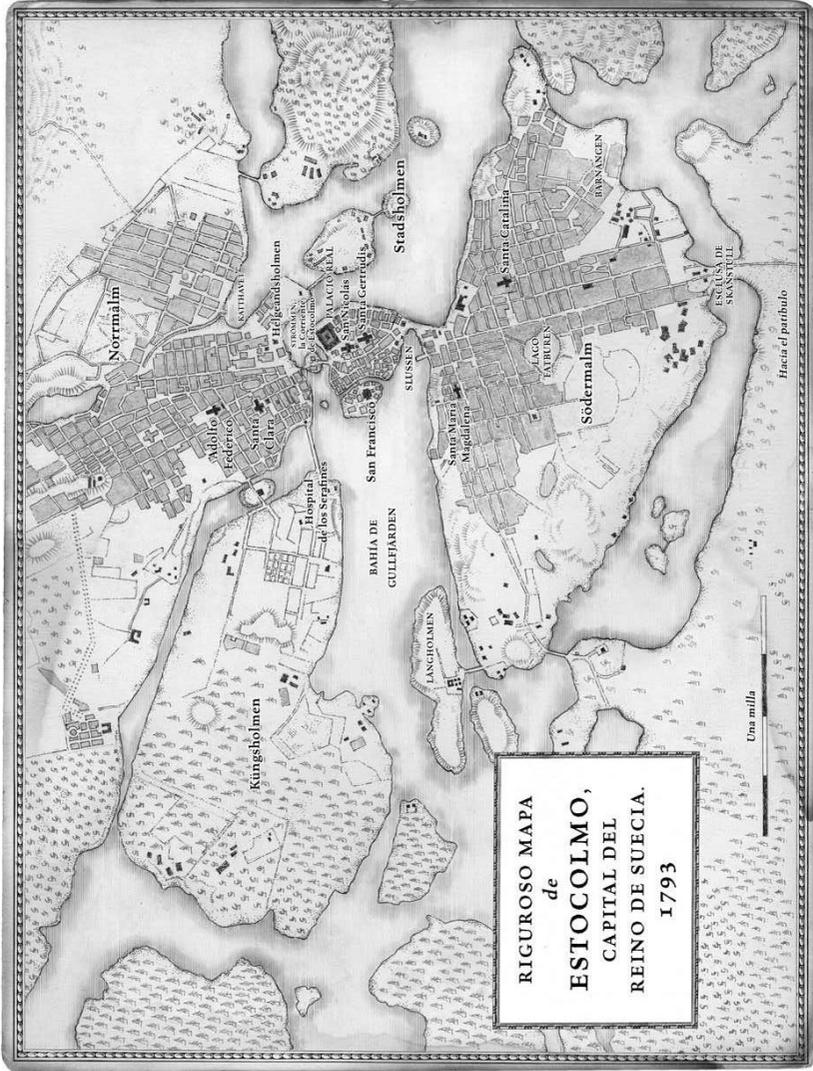
Premiado en Suecia como Mejor Libro del Año y considerado mejor debut por la Academia Sueca de Novela Negra en 2017, *1793* es un apasionante *thriller* histórico que se ha convertido en un fenómeno de ventas en toda Europa.

Un año después de la muerte del rey Gustavo III, los vientos de la Revolución francesa llegan incluso a Suecia, donde la tensión es palpable en todo el país, convertido en un nido de conspiraciones, suspicacias y recelos. En esta atmósfera irrespirable, Mickel Cardell, un veterano de la guerra contra Rusia, descubre un cuerpo atrozmente mutilado en un lago de Estocolmo. Un abogado tuberculoso, el sagaz e incorruptible Cecil Winge, se hace cargo de las pesquisas, pero el tiempo apremia: su salud es precaria, la monarquía hace aguas y las revueltas están a la orden del día. Winge y Cardell se verán inmersos en un mundo de truhanes y ladrones, ricos y pobres, piadosos y pecadores, mercenarios y meretrices. Juntos se enfrentarán al mal y a la corrupción que anidan en la sociedad sueca para esclarecer la misteriosa verdad escondida tras ese terrible crimen.

Intenso, descarnado y febril, *1793* insufla vida a las calles abarrotadas, los suntuosos palacios y los rincones más sombríos de la capital sueca a finales del siglo XVIII, y nos ofrece una sorprendente visión de los delitos que cometemos en nombre de la justicia y los sacrificios que hacemos para sobrevivir.

*La maldad engendra maldad, la violencia engendra violencia.*

THOMAS THORILD, 1793



## PRIMERA PARTE

# El Fantasma de la Casa Indebetouska

OTOÑO DE 1793

Cunde el terror. Circulan mil rumores, a cuál más absurdo. No hay información confiable, pues los propios viajeros difieren entre sí y sus relatos parecen contaminados de poesía. El crimen, tal como se ha contado, es tan atroz que no sé qué pensar.

CARL GUSTAF AF LEOPOLD, 1793

## 1

Mickel Cardell flota en el agua fría. Con la mano libre —la derecha— intenta agarrar por el cuello de la guerrera a Johan Hjelm, que está a su lado, inmóvil y con espuma roja en los labios, pero la sangre y el agua salobre hacen que la tela se le resbale de los dedos. Cuando una ola se lo arrebatara finalmente, Cardell siente ganas de gritar, pero de sus labios sólo brota un gemido. Hjelm se hunde sin remedio. Cardell hunde la cabeza en el agua y por unos instantes sigue el viaje del cuerpo hacia las profundidades. Temblando de frío y conmoción, cree divisar algo más allá abajo, en los límites de su percepción: los cadáveres mutilados de miles de marineros caen lentamente hacia las puertas del infierno. El Ángel de la Muerte, con una calavera a modo de corona, repliega las alas para acogerlos. En medio del remolino que forma la corriente, sus mandíbulas se abren y cierran en una carcajada burlona.

—¡Guardia! ¡Guardia Mickel! ¡Por favor, despierte!

Cuando unas sacudidas ansiosas lo arrancan del sueño, Cardell nota una punzada de dolor en el ausente brazo izquierdo. Una prótesis de madera sujeta al codo con unas correas de cuero que se le encajan en la carne (a esas alturas ya tendría que saber que debe aflojarlas antes de dormirse) ocupa el lugar del miembro perdido del que sólo queda un muñón embutido en un hueco tallado a propósito en la pieza de haya.

De mala gana, abre los ojos sobre la vasta mesa de madera. Está pringosa: cuando intenta alzar la cabeza, su mejilla se adhiere a la superficie y, al levantarse, se arranca la peluca sin querer. Después de maldecir, la utiliza para enju-

garse la frente, después se la guarda en la chaqueta. El sombrero se le cae al suelo y la copa se abolla. La alisa de un puñetazo y se lo pone. Empieza a recobrar la memoria: está en la taberna Hamburg, debe de haber bebido hasta quedar inconsciente. Echa un vistazo por encima del hombro y descubre a otros en condiciones similares: los pocos borrachos que la propietaria ha considerado lo bastante pudientes como para no arrojarlos a la cuneta. Están esparrados en los bancos o tumbados de cualquier modo sobre las mesas, y así seguirán hasta el amanecer, cuando se alejen tambaleantes para encajar los reproches de los que esperan en casa. No es el caso de Cardell: herido de guerra, vive solo y su tiempo no le pertenece a nadie más que a él.

—¡Mickel, tiene que venir: hay un muerto en el lago Fälburen!

Lo han despertado dos golfillos, un niño y una niña. Sus caras le resultan familiares, pero no consigue recordar sus nombres. Tras ellos se ha plantado el encargado, al que llaman el Carnero, un tipo grueso que trabaja para la viuda Norström, la propietaria. Adormilado y enrojecido, se interpone entre los niños y una colección de cristal grabado, el orgullo de la bodega, que se guarda bajo llave en una vitrina azul.

Los condenados a muerte se detienen allí, en la taberna Hamburg, de camino al patíbulo de Skanstull. Allí se les sirve su último trago; después se recoge cuidadosamente el vaso, se graba en él el nombre y la fecha y se añade a la colección. Los parroquianos pueden beber en esos cálices, aunque siempre bajo supervisión y tras haber pagado una suma que se calcula según el grado de infamia del condenado. Dicen que hacerlo trae buena suerte, aunque Cardell nunca ha entendido por qué.

Se frota los ojos y comprende que aún está ebrio. Cuando prueba a hablar, su voz suena ronca.

—¿Qué diantre pasa aquí?

Le contesta la niña, que a todas luces es la mayor. El otro (su hermano, a juzgar por sus facciones) tiene labio leporino. El aliento de Cardell lo hace arrugar la nariz; busca refugio detrás de su hermana.

—Hay un muerto en el agua, cerca de la orilla.

Su tono es una mezcla de miedo y excitación. Cardell se nota las venas de la frente a punto de reventar. Su corazón late con fuerza y amenaza con desmoronar sus frágiles pensamientos.

—¿Y yo qué tengo que ver?

—Por favor, guardia, no teníamos nadie más a quien acudir y sabíamos que usted estaba aquí.

Él se masajea las sienes con la esperanza vana de aliviar el dolor palpitante.

El día apenas despunta sobre Södermalm. Aún flotan en el aire las tinieblas de la noche y el sol asoma tímido tras la isla de Sickla, más allá de la bahía de Danviken. Cardell sale de la taberna Hamburg y baja tambaleándose la escalera. Sigue a los niños por la calle desierta mientras escucha sin mucho entusiasmo su historia sobre una vaca que se ha acercado a la orilla a beber y ha huido despavorida en dirección a Danto.

—Ha tocado el cuerpo con el hocico y lo ha hecho dar vueltas.

A medida que se acercan al lago, las piedras dan paso al lodo bajo sus pies. Hace tiempo que ningún asunto conduce a Cardell a la orilla del Fatburen, pero rápidamente advierte que nada ha cambiado por allí: los planes trazados años atrás para despejar las márgenes y construir un muelle con embarcaderos no se han materializado. No es de sorprender, cuando la ciudad y el Estado están al borde de la ruina. Hace mucho que las casas en torno al lago se reconvirtieron en manufacturas; aparecieron talleres que arrojan los desechos directamente al agua; la zona vallada destina-

da a los residuos humanos está desbordada y muchos optan por ignorarla. Cardell suelta un juramento cuando el talón de su bota se hunde en el lodo y tiene que hacer aspavientos con el brazo sano para mantener el equilibrio.

—Vuestra vaca se habrá encontrado con algún pariente y se habrá asustado al verlo tan desmejorado: los carniceros echan sus sobras al lago. Me habéis despertado sólo por una ijada de ternera podrida o algún costillar de cerdo.

—Hemos visto un rostro en medio del agua: el rostro de una persona.

Las olas lamen la orilla y dejan una espuma de un amarillo pálido. Los niños tienen razón en un punto: hay algo en el lago, un bulto oscuro, probablemente putrefacto; flota unos metros lago adentro. Lo primero que se le pasa por la cabeza es que no puede tratarse de un ser humano: es demasiado pequeño.

—Lo que os decía: son despojos del carnicero. El cadáver de un animal.

La niña insiste en su historia, su hermano la apoya asintiendo con la cabeza. Cardell suelta un bufido de resignación.

—Estoy borracho, ¿me oís? Borracho como una cuba. No lo olvidéis cuando alguien os pregunte por el día en que engañasteis al guardia para que se metiera en el lago y él os dio la zurra más grande de vuestra vida tras salir empapado y furioso del agua.

Se quita el abrigo con las dificultades propias de un manco. La peluca de lana que había olvidado tras la solapa cae al barro. Qué más da: es un objeto patético y pasado de moda, y además le ha costado una miseria. Si la lleva es tan sólo porque ir más arreglado aumenta las posibilidades de que alguien lo invite a un par de tragos. Cardell echa un vistazo al cielo: una franja de estrellas distantes reluce sobre la bahía de Årstaviken. Cierra los ojos para conservar dentro de sí la belleza de aquella imagen, adelanta la pierna derecha y se adentra en el lago.

La margen cenagosa no soporta su peso. Se hunde hasta la rodilla y nota cómo el agua del Fatburen entra en tromba por el borde de su bota, que queda atascada en el lodo cuando él cae hacia delante. Descalzo de un pie, continúa internándose en el agua con movimientos a medio camino entre gatear y nadar como un perrito. Nota el agua espesa entre los dedos, llena de cosas que ni siquiera los habitantes de Sodermalm consideran dignas de conservar.

La borrachera ha nublado su juicio; siente una punzada de pánico cuando deja de percibir el lecho del lago bajo los pies: es más hondo de lo que esperaba. De pronto vuelve a estar en Svensksund, tres años atrás, aterrorizado y zarandeado por las olas mientras la costa sueca se aleja ante sus ojos.

Patalea para acercarse al bulto. Al principio cree que estaba en lo cierto: no puede tratarse de un ser humano, deben de ser los despojos de un animal que habrán arrojado allí los mozos del carnicero y que, al expandirse sus tripas con los gases de la descomposición, ha terminado convertido en una especie de boya. Pero entonces el bulto gira y le muestra la cara.

No es un cadáver totalmente descompuesto, pero no tiene ojos: son unas cuencas vacías las que lo miran. No hay dientes tras los labios destrozados. Tan sólo el cabello conserva su lustre: la noche y el lago han hecho cuanto han podido por debilitar su color, pero es sin duda una melena rubia. Cardell intenta tomar aire, pero el agua le entra en la boca y lo hace atragantarse.

Cuando al fin remite el ataque de tos, se queda flotando inmóvil junto al cuerpo, estudiando sus facciones deformadas. Los niños, en la orilla, no hacen el menor ruido; aguardan su regreso en silencio. Cardell agarra el cadáver, se da la vuelta en el agua y empieza a patalear en dirección a tierra firme.

El rescate se torna más laborioso al llegar al ribazo cenagoso, cuando el agua deja de colaborar en el transporte

del cuerpo. Cardell se vuelve boca arriba y sale como puede, hincando un pie tras otro y arrastrando la presa por la ropa hecha jirones. Los niños no le ofrecen su ayuda, sino que retroceden acobardados y tapándose la nariz. Cardell se aclara la garganta y escupe agua sucia en el lodo.

—Corred a la Esclusa y llamad a los guardias.

Ellos no hacen el menor ademán de obedecer: parecen dudar entre mantener la distancia o echar un vistazo a la presa que se ha cobrado Cardell. Sólo reaccionan cuando él les arroja un puñado de barro.

—¡Seréis merluzos! ¡Corred al puesto de noche y traedme a un maldito casaca azul!

Cuando sus pisaditas dejan de oírse, Cardell se inclina hacia un lado y vomita. Se hace el silencio y en ese momento, allí, solo, siente un abrazo gélido que extrae todo el aire de sus pulmones y le impide tomar aliento. Su corazón late cada vez más deprisa y se apodera de él un miedo que lo paraliza. Sabe bien lo que viene después: siente cómo el brazo que le falta vuelve a cobrar solidez en la oscuridad, cómo vuelve a estar en su sitio, y entonces lo atenaza un dolor terrible, un dolor capaz de borrar el mundo entero, como si unas fauces de hierro le perforaran la carne, el cartílago y el hueso.

Presa del pánico, se arranca las correas de cuero y deja caer en el barro el brazo de madera. Se agarra el muñón con la mano derecha y masajea la carne lacerada para obligar a sus sentidos a aceptar que el brazo que perciben ya no existe y que la herida cicatrizó hace mucho tiempo.

El ataque no dura más de un minuto. Recobra el aliento, primero con cortos jadeos y luego con respiraciones más largas y tranquilas. El terror remite y el mundo recupera sus contornos familiares. Esas crisis de pánico lo atormentan desde hace tres años, desde que volvió de la guerra con un brazo y un amigo menos. Pero ya hace mucho de aquello. Creía haber encontrado un método para mantenerlas a raya: borracheras, peleas en los bares... Mira a su alrededor

como si buscara algo con lo que tranquilizarse, pero sólo están él y el cadáver. Se mece agarrándose el muñón.

## 2

En el escritorio hay una hoja de papel en la que se ha trazado una pulcra cuadrícula. Cecil Winge desengancha de la leontina su reloj de bolsillo, lo dispone ante sí y acerca un poco la chisporroteante vela de sebo. Tiene varios destornilladores ordenados en hilera junto con pinzas y alicates. Sostiene las manos ante la llama: no nota que tiemblen.

Comienza a trabajar con meticulosidad. Abre el reloj, afloja el tornillo que sujeta las manecillas en su sitio, las quita y coloca cada una en su propia casilla del papel. Retira la esfera y deja al descubierto el mecanismo, que ahora puede desmontar sin resistencia. Despacio, va extrayendo pieza a pieza y poniéndolas en su recinto de tinta hasta liberar de su confinamiento la larga espiral del muelle, que enseguida se afloja. Debajo está el volante, más abajo aún la rueda de escape. Con herramientas que apenas superan el tamaño de una aguja de coser, extrae tornillos diminutos de sus guaridas.

Privado de su propio reloj, Winge sólo puede seguir el paso del tiempo por el tañido de las campanas de las iglesias: oye repicar sonoramente las de Eduviges Leonor, al otro extremo de la dehesa de Ladugårdslandet; percibe, desde el Báltico, el débil eco de las de Santa Catalina, encaramada en lo alto de un cerro. Las horas transcurren deprisa.

Una vez desmontado por completo el mecanismo, repite cada paso en orden inverso. Poco a poco, el reloj cobra forma de nuevo, a medida que cada pieza va ocupando su lugar. Los finos dedos de Winge comienzan a crisparse: debe detenerse repetidas veces para que músculos y tendones se recuperen. Abre y cierra las manos, las frota una con otra, las extiende contra las rodillas. La postura de trabajo

es tan incómoda que empieza a pasarle factura. El dolor en la cadera, que siente cada vez más a menudo, se expande hacia la zona lumbar y lo obliga a revolverse constantemente en la silla.

Con las manecillas de nuevo en su sitio, encaja la corona y la hace girar sintiendo la resistencia del muelle. En cuanto la suelta, oye el familiar tictac y, por enésima vez desde que acabó el verano, abriga el mismo pensamiento: así debería funcionar el mundo, de forma racional y comprensible, con cada pieza en su sitio y produciendo, en su rotación, un efecto del todo previsible.

La sensación de bienestar es pasajera: lo abandona rápidamente en cuanto termina la distracción; el mundo, que parecía haberse detenido durante unos instantes, vuelve a cobrar forma a su alrededor. Sus pensamientos se suceden sin ton ni son. Se lleva un dedo a la muñeca y cuenta los latidos de su corazón mirando la manecilla más pequeña marcar los segundos en la esfera, que lleva el nombre de su creador: Beurling, Estocolmo. Calcula ciento cuarenta latidos por minuto. Ordena sus herramientas dispuesto a repetir el proceso, pero entonces percibe un olor a comida y oye a la criada golpear con suavidad la puerta y llamarlo a la mesa.

La criada deposita una sopera azul delante de Winge y de su casero, el cordelero Olof Roselius, que inclina la cabeza y reza brevemente antes de llevar la mano al pomo de la tapa y quemarse los dedos. Roselius se traga una maldición y sacude la mano para aliviar el ardor mientras la criada corre en su ayuda con un paño de cocina.

Desde su asiento, a la derecha de su anfitrión, Cecil Winge simula mirar fijamente las vetas de la mesa de madera, surcada por las sombras que arrojan las velas de sebo. El aroma a nabos y a carne hervida relaja el ceño del cordelero. Tiene setenta años, y su larga vida ha terminado